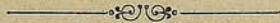




## VOCABLOS ESTROPEADOS



El capítulo séptimo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*, contiene el siguiente sabroso diálogo entre el último y más famoso de los caballeros andantes y su célebre escudero:

«En el tiempo que estuvieron encerrados Don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relación cuenta la historia.

«Dijo Sancho á su amo:

«—Señor, ya yo tengo *relucida* á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme.

«—*Reducida* has de decir, Sancho, dijo Don Quijote, que no *relucida*.

«—Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que, cuando no los entienda, diga: Sancho ó diablo, no te entiendo y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan *fácil*.



«—No te entiendo, Sancho, dijo luego Don Quijote; pues no sé qué quiere decir *soy tan fácil*.

«—Tan *fácil* quiere decir, respondió Sancho, soy tan así.

«—Menos te entiendo ahora, replicó Don Quijote.

«—Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé cómo lo diga; no sé más; y Dios sea conmigo.

«—Ya, ya caigo, respondió Don Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan *dócil*, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare.

«—Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el principio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme decir otras doscientas *patochadas*.»

Los noveleros del diccionario se apoyan en el pasaje anterior para sostener que sus barbarismos deben ser aceptados sin repugnancia, puesto que son comprendidos por los mismos pedagogos que los censuran.

El argumento es más especioso que sólido.

Las personas que raciocinan de la manera mencionada, olvidan que el ingenioso hidalgo no siempre entendía los despropósitos de Sancho, necesitando á veces un momento de reflexión para colegir su sentido; que si se da carta blanca á cualquiera para inventar palabras antojadizamente, se introduce la anarquía en el idioma, con mengua de la literatura y grave perjuicio del trato social; y que jamás podrá calificarse de correcta una frase que imponga el trabajo de sustituir mentalmente una dicción por otra, como si se estuviera traduciendo un trozo escrito en una lengua extranjera.

Don Tomás de Iriarte, en una de sus mejores fábulas, ha comparado las palabras con las monedas.

En efecto, los vocablos deben asemejarse á las monedas acuñadas por el Estado, que circulan universalmente de mano en mano en toda una nación; y no á las señas (llamadas más



comunmente entre nosotros *fichas*), que representan un valor arbitrario y que sólo sirven para las relaciones recíprocas del empresario que las emite y de un reducido número de personas.

\*  
\* \*

Al concluir el diálogo que he reproducido antes, se ha visto que Sancho empleaba el sustantivo *patochada*, y que en esta ocasión nada tuvo que reprochar su severo interlocutor.

Mientras tanto, en Chile, se dice ordinariamente *pachotada* en vez de *patochada*.

Los que así hablan, pretenden enmendar la plana no sólo al buen Sancho, sino también á la Academia y al uso corriente de los buenos escritores.

Don Benito Pérez Galdós, en su novela titulada *Tristana*, dice:

«—Le avisaré... Pero no salga con alguna *patochada*.»  
(Capítulo XXV.)

En *El Conde de Tolosa*, escrito por Federico Soulié y traducido por don Eugenio de Ochoa, se lee la siguiente frase:

«Siempre lo que se anuncia con tanta pompa acaba por ser una *patochada*.» (Tomo III, capítulo VII.)

\*  
\* \*

Con frecuencia, en nuestro lenguaje familiar se oyen frases como esta: «La niña volvió *turumba* á su necio galán», esto es, le dejó atolondrado ó confundido.

El *Diccionario* de la Academia enseña que no debe decirse *turumba*, sino *tarumba*.

Los escritores españoles de alto y bajo coturno corroboran este dictamen.

Así don Juan Eugenio de Hartzenbusch escribe en su fábula *El viaje de Hércules*:

Bien sabe cualquier persona  
de más ó de menos pro  
que el sepulcro pareció  
de Hércules en Tarragona.

Bien se sabe que este asunto  
á muchos volvió *tarumba*,  
y que no se halló en la tumba  
ni una raspa del difunto.

Don Ramón de la Cruz se expresa de este modo en el sainete titulado *Los payos en el ensayo ó Comedia de Valmojado*:

JOAQUINA

..... Volvióse  
por hoy *tarumba* el ensayo.

Don Leandro Fernández de Moratín pone la siguiente frase en boca de doña Juliana, en el acto I, escena I, de *La escuela de los maridos*:

«Al hombre mas ladino le volvemos *tarumba* cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle.»

Por último, el duque de Rivas dice, en su comedia *La morisca de Alajuar*, jornada II, escena 2:

CORBACHO

..... *Tarumba*  
con tu ceguedad me vuelves.

\*  
\* \*

*Gimiquear, Gimiqueo, Girimiquear, Girimiqueo*, son voces bastante usadas en Chile.



El *Diccionario* de la Academia no las admite, y, en lugar de ellas, acepta *gimotear*, que significa «gemir con frecuencia», y *gimoteo*, que denota la «acción y efecto de gimotear.»

En el mismo sentido, puede decirse, según el expresado léxico, *lloriquear*, *lloriqueo*.

Don Manuel Bretón de los Herreros ha empleado también, en vez de *gimoteo*, el vocablo *gemeque*, en el acto III, escena 1.<sup>a</sup>, de su comedia *La redacción de un periódico*:

- Vete allá dentro á rezar  
por ti y por él, por los dos.  
Lo que quiero es obediencia,  
y no llantos y *gemeques*.

Pero este último nombre tampoco ha sido canonizado por la Academia.

\*  
\* \*

*Replantigarse* no es verbo castellano; pero en Chile se usa con mucha frecuencia.

Según el *Diccionario* de la Academia, ha de decirse *replantigarse* ó *repanchigarse* en el sentido de «*arrellanarse* en el asiento y extenderse para mayor comodidad.»

Don José María de Pereda, en el capítulo VIII de su novela *Sotileza*, escribe:

«¡Vaya si tengo razón! exclamó el comerciante, *repantigándose* en el sillón, completamente satisfecho de su triunfo, aunque sin extrañarse de él.»

Don Pablo de Jérica emplea también el verbo *repantigarse* en el capítulo XXII de su traducción de *Kenilworth* por Walter Scott:

«¿No te han dicho ya que sólo le causará una leve indisposición, como las que suelen ellas fingir á cada paso, sin con-

secuencia, para poder *repantigarse* las holgazanas sobre un canapé, en vez de desempeñar sus tareas domésticas?»

*Repanchigarse* es mucho menos usado.

\*  
\* \*

Y ya que la Academia ha empleado el verbo *arrellanarse* en la definición de *repantigarse*, es el caso de llamar la atención sobre el primero de dichos verbos para corregir el defecto que entre nosotros se comete al escribir y pronunciar *arrellenarse* en vez de *arrellanarse*.

La forma correcta de este vocablo puede verse en el siguiente pasaje tomado de la comedia *Flaquezas ministeriales*, escrita por don Manuel Bretón de los Herreros:

FONSECA

Gracias. Ni un bajá del Bósforo  
más á gusto se arrellana.

(Acto II, escena 5)

\*  
\* \*

Un poeta chileno ha usado el verbo *rengar*.

El vulgo dice entre nosotros *renguear*.

Sin duda, ambos verbos han sido formados del adjetivo *rengo-a*, que significa lo mismo que *renco-a*, esto, "cojo por lesión de las caderas."

Ni *rengar* ni *renguear* existen en el léxico de la Academia.

El padrón oficial del lenguaje castellano sólo registra el verbo *renquear*, á que da la acepción de "andar como renco, meneándose á un lado y otro."



En el poema titulado *Esvero y Almedora*, escrito por don Juan María Maury, se lee:

Quiere él seguir; alega agravio; frisa  
 en sainete la díscola querella,  
 pues *renqueando* y encogido el pecho,  
 les pretende probar que anda derecho.

(Canto I)

Don Andrés Bello escribe en el canto segundo de *El Orlando Enamorado*:

Á mal agüero tuvo Astolfo el caso  
 y llevar se hace, *renqueando*, al lecho,  
 do el hueso le ajustó con mano lista,  
 y con potente ensalmo, un algebrista.

\*  
 \* \*

Muchos, casi todos, dicen en Chile *guarizapo* por un individuo despreciable, por un sér repugnante que, como el gusano, se arrastra en el lodo.

El vocablo mencionado no existe en castellano.

El *Diccionario* académico solo consigna *gusarapo* y expresa que "se da este nombre á diferentes insectos pequeños y de varias formas que se crían en el agua y en lugares húmedos."

Es una palabra despectiva, que evidentemente viene de *gusano*, lo mismo que el adjetivo *gusarapiento-a*, "que tiene *gusarapos* ó está lleno de ellos", y en sentido figurado, "muy inmundo ó corrompido."

La fábula de don Tomás de Iriarte, titulada *La Oruga y la*

*Zorra*, va á suministrarnos un ejemplo de la forma correcta de esta dicción estropeada entre nosotros:

Preguntábanse, pues, unos á otros:  
 ¿por qué este miserable *gusarapo*  
 el único ha de ser que vitupere  
 lo que todos acordes alabamos?

\*  
 \* \*

*Breque*, según la Academia, no es más que un pez bastante común en los mares de España y conocido también con los nombres de *albur*, *breca* y *pajel*.

Mientras tanto, definiendo el vocablo *brete*, el *Diccionario* enseña que es el «cepo ó prisión estrecha de hierro que se pone á los reos en los pies para que no se puedan huir.»

En consecuencia, no se debe decir, como es de uso corriente entre nosotros, *estar ó poner en un breque* por *estar ó poner en un aprieto ó conflicto*, sino *estar ó poner en un brete*.

Así lo indica expresamente el vocabulario académico, siguiendo en esto á los buenos escritores del habla castellana.

Don Tomás Rodríguez Rubí, en su comedia titulada *La Rueda de la fortuna*, pone los siguientes versos en boca del Marqués de la Ensenada:

Señor duque, este país,  
 como vive respetado,  
 no estrañéis que haya negado  
 lo que há tiempo le pedís.  
 Porque, amigo, es gran simpleza...  
 yo así lo juzgo á lo menos,  
 que por motivos ajenos  
 nos rompamos la cabeza.  
 Que la Inglaterra os engaña;  
 pues bien, ponedla en el *brete*...  
 mientras que ella nos respete,  
 no debe mezclarse España...

(Acto II, escena 8.<sup>a</sup>)



En la escena 1.<sup>a</sup>, acto IV, del drama *La madre de San Fernando*, escrito por don Cayetano Rosell, se lee:

Su hijo Nuño, el retador  
de su rey, metió en un *brete*  
á los Castros, y á la corte  
y á Castilla, por hacerse  
con la tutela del niño.

\*  
\* \*

He oído una acalorada disputa entre dos estudiantes sobre si debe decirse *liona* ó *leona* en el sentido de bullanga ó alboroto.

Ambos contrincantes reconocían que lo más común era pronunciar *liona*; pero uno de los dos sostenía que esto debía atribuirse sólo á una simple corruptela y que el verdadero vocablo era *leona*.

En apoyo de esta última opinión, un distinguido amigo mío me refiere que en el norte de Chile suelen bajar de la cordillera de los Andes á los establecimientos de minas algunas *leonas* que andan en busca de carne fresca para sus cachorros.

Cuando esto ocurre, los mineros se juntan en el lugar amagado por la fiera, y se preparan para darle caza.

Con este motivo, se arma una gran fiesta ó cacería, que se ha bautizado con el nombre de *leona*.

Sea lo que fuere, lo cierto es que la palabra *liona* no es castellana, y que *leona*, aunque lo sea, no tiene la acepción que se pretende atribuirle.

El vocablo autorizado por la Academia es *liorna*, que, según el *Diccionario*, significa "algazara, baraúnda, desorden, confusión."

El *Diccionario Enciclopédico hispano-americano* dice que esta voz *liorna* viene "del mucho tráfico y movimiento que hay en el puerto de la ciudad de su nombre."

Don Ramón Joaquín Domínguez, en su *Diccionario nacional ó Gran Diccionario clásico de la lengua española*, agrega que "esta expresión se debe á los españoles que regresaron de la guerra de Italia."

Según el *Diccionario Enciclopédico*, la ciudad de Liorna, en Toscana, "empezó á prosperar en tiempo de los Médicis.

"El gran duque Fernando I creó su puerto, y diéronle mayor vida los judíos españoles y portugueses que en ella se refugiaron."

El empleo de *liorna* en la acepción de algazara ó bullanga ha sido, pues, en su origen una verdadera metáfora, que el uso ha convertido en término corriente.

Algunos autores escriben con letra mayúscula el expresado vocablo, como para recordar su procedencia.

Don Manuel Bretón de los Herreros, en su comedia titulada *La redacción de un periódico*, dice:

Yo no sé quién ha metido  
á mi padre en tal *Liorna*.

(Acto I, escena 2.<sup>a</sup>)

El mismo escritor, sin embargo, en su comedia en un acto *No más muchachos ó El solterón y la niña*, trae el siguiente pasaje:

"PASCUAL.—Sí, señor; pero... diez muchachos! ¿Qué va á ser de nosotros? ¡Buena *liorna* va á haber en esta casa!" (Escena 3.<sup>a</sup>)

En vez de *liorna*, me parece que no habría inconveniente para decir *leonera*, que, según el *Diccionario*, significa el "lu-



gar en que se tienen encerrados los leones», la «casa de juego», y el «aposento habitualmente desarreglado que suele haber en las casas de mucha familia.»

En el capítulo XIV de la novela titulada *Tristana*, escrita por don Benito Pérez Galdós, encuentro el siguiente trozo:

«Siempre que compro algo, me engañan; no sé apreciar el valor de las cosas; no tengo ninguna idea de gobierno, ni de orden, y si Saturna no se entendiera con todo en mi casa, aquello sería una *leonera*.»

En resolución, creo que nuestro vocablo *liona* no es más que una mutilación de *liorna*.

Considero inútil agregar que, siendo espurio el simple *liona*, sus compuestos *alionar*, *lionero*, bastante usados entre nosotros, deben ser igualmente repudiados.

\*  
\* \*

Estoy cierto que muchos de los que emplean estos términos estropeados alegarán también en su defensa que la Academia ha aceptado algunas veces estas alteraciones en los vocablos.

En efecto, el *Diccionario* académico admite *alverja* y *arveja*, *anafe* y *anafre*, *faldriquera* y *faltriquera*, *frazada* y *frezada*, *galopar* y *galopear*, *dintel* y *lintel*, *murciégalo* y *murcié-lago*, etc., etc.

Pero es indudable igualmente que la docta corporación no acoge con facilidad los resabios de pronunciación, y que si al fin lo hace, es sólo por acatar el uso de respetables autoridades.

Concretándome, por ejemplo, al sustantivo *murciégalo* ó *murcié-lago*, no puede negarse que esta última forma es hoy día la más común; pero también es preciso convenir en que la

voz *murciégalo* aparece patrocinada por escritores de nota, entre los cuales se encuentra Lope de Vega y Quevedo:

Para celosas pasiones,  
ponerse aceite en las sienas  
y darse de mojicones;  
ó si no sangre caliente  
de *murciégalo* en la frente.

LOPE DE VEGA

(*Los locos de Valencia*, acto I, escena 8.ª)

*Murciégalos* de la garra

QUEVEDO

(*Jácara*)

En cambio, don Tomás de Iriarte, en su fábula *El León y el Águila*, dice:

Dió el Águila muchas quejas  
del *murciélagos*, diciendo:  
¿hasta cuándo este avechucho  
nos ha de traer revueltos?

Don José Joaquín de Mora ha compuesto una fábula titulada *El Murciélagos y el Mirlo*, que no está coleccionada en sus *Poestas*.

Mientras tanto, don Félix María de Samaniego ha escrito otra fábula rotulada *El Murciégalos y la Comadreja*, que empieza de este modo:

Cayó sin saber cómo  
un *murciégalos* á tierra.

No necesito añadir que los vocablos incorrectos sobre los cuales he llamado la atención no han sido hasta ahora apadrinados por ningún hablista, ni merecen serlo, y deben, por lo tanto, arrojarse al basurero, como todo objeto estropeado é inservible.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES  
Chileno

